

SERMON PANEGÍRICO

PARA LA

INSTITUCION DEL ÓRDEN DE LA MERCED.

*In his duobus mandatis universa lex
pendet et propheta.*

En estos dos mandamientos estriba toda
la ley y los Profetas.

(MATH., cap. XXII, vers. 40.)

La Religion de Jesucristo es la madre venturosa en cuyo noble y fecundo seno se engendrará un genio benéfico; la civilizacion del mundo. Por do quiera que aquélla ha pasado, ha dejado marcadas las huellas del bien; no ha estado de asiento en ningun paraje sin haber surcado profundamente el espíritu humano y echado en él hondas raíces de saber, de virtud, de ilustracion y de ventura. Como el sol cuyo esplendor expele las tinieblas nocturnas; como la llovizna que gota á gota va cayendo sobre tierra yerma para dar á las plantas sávia y verdor; como el iris que anuncia la desaparicion de la tempestad en el mundo físico, así la Religion en el mundo moral ha eliminado las tinieblas del error, ha fecundado los entendimientos humanos, y los ha elevado casi hasta el nivel de los ángeles, y ha abierto nuevas épocas de paz y de dicha á los hombres.

Cómo la Religion ha operado sus grandiosas conquistas, es una materia digna de nuestra consideracion. La gracia interior previniente que va ablandando el corazon

y lo convierte en blanda cera, capaz de recibir el sello que el autor del bien quiere imprimirle; las inspiraciones divinas son otros tantos agentes invisibles que, aunque inmediatamente tocan al espíritu humano y lo atraen con suavidad, no son, sin embargo, los medios exclusivos de que Dios ha echado mano para convertir al mundo. Para cautivar sin violencia á los hombres, la Religion ha puesto además en planta otros medios más visibles, más palpables, que están en analogía con el sentido y con la razon, con las ideas abstractas y con los hechos consumados; de tal modo, que la humanidad, en presencia de éstos, pudiese raciocinar, y viendo la admirable armonía de los principios con las acciones, de las ideas con las realidades, dedujese de unos y de otras una consecuencia infalible, y era la de afirmar que el mundo no podia ménos de ser feliz adoptando por norma de sus acciones la Religion revelada.

No quiero causar ansiedades á vuestro espíritu; voy á manifestaros cuáles son estos medios que la Religion ha adoptado como los más en contacto con el sentido y con la razon; son estos el apostolado y el martirio; porque en estos dos hechos está anunciado de un modo heroico el principio y raíz de todo nuestro bien, que es el amor de Dios y el de nuestros hermanos. El apostolado es la expresion sensible del amor más puro hácia la Divinidad, por cuyo honor el hombre sacrifica, no sólo su bienestar temporal, el ocio y tranquilidad, sino hasta su misma vida, no teniendo otra mira en su obrar que la santificacion del nombre divino, y el arraigo de la felicidad entre los hombres por medio del cumplimiento de la ley de Dios. El martirio es este mismo heroismo llevado á su mayor altura, en el cual cumple el hombre la inmolation de su cuerpo, ofreciéndolo á los tormentos en testimonio de su amor á la verdad y á su Autor.

Estos dos medios fueron suficientes para levantar á

la humanidad del vertiginoso letargo en que la sumiera el error de la culpa; Jesucristo es el primer Apóstol, pues desde que apareció entre los hombres, empezó á mostrar este heroismo y lo consumó en la Cruz; la Iglesia ha continuado ejerciendo este mismo sagrado ministerio, acomodado á los siglos, á las épocas, á los adelantos, á las circunstancias, á los pueblos y naciones, y por medio de él ha mantenido la fé en unos, la ha llevado á otros puntos del globo, germinando por do quiera lá piedad y la Religion con la palabra del Apóstol y con la sangre del mártir, que no caian en vano para la sociedad, pues tuvieron siempre por compañeras la prosperidad, los progresos en las artes y las ciencias, la paz y la dicha de los hombres. En resumen: el amor de Dios y el del prójimo, llevados al último grado de heroismo, han sido las dos armas con que la Religion ha civilizado y subyugado la tierra. La Iglesia, que es la fiel depositaria de los medios más conducentes á la ventura de los pueblos, nos muestra hoy una prueba irrefragable de esta verdad en la fiesta que celebra en honor de María Santísima con el glorioso y benéfico título de las *Mercedes*. Sólo este nombre es bastante para recordar la humillacion de la barbarie, la ruptura de las cadenas, la desaparicion de la inhumanidad y fiereza, al paso que excita en el ánimo las tiernas ideas del amor, de la beneficencia, de la civilizacion. Pero confesemos que no vereis eliminarse el oscurantismo y la opresion, ni aparecer la dicha y la ilustracion, sino por medio del apostolado y del martirio, á que llama esta Madre á los hombres de un modo singular al fundar la Orden de redencion de cautivos.

Hé aquí, señores, la idea que va á ocupar vuestra atencion en este discurso; de su completo desarrollo resultará, no sólo el acrecentamiento de vuestra devocion á María Santísima, sino el convencimiento más profundo de lo benéfica que es la Religion á los pueblos por donde pasa.

Apresurémonos á rendir homenaje de adoracion á ésta, saludando reverentes á la Madre de Dios con las palabras del ángel.

AVE MARÍA.

La redencion de los cautivos en la forma que María Santísima prescribió, es uno de los más notables acontecimientos del Cristianismo, porque en él se expresa en un solo acto cuanto hay de grande en la Religion, y se pone en práctica todo lo contenido en la ley y en los Profetas: el amor de Dios y el del prójimo. Esta sola circunstancia es suficiente para ennoblecer esta obra, áun dado caso que no la mirásemos como una emanacion directa de la misma Divinidad; pero aún se nos descubrirá más grandiosa si la consideramos con relacion á su fin inmediato, fin que está claro y manifiesto áun al hombre salvaje; porque se ve y se palpa con los sentidos. ¡Qué! ¿Es cosa que pueda pasar desapercibida el que un hombre llegue á playas inhospitalarias y empapadas en sangre humana, que éntre en el lóbrego subterráneo, que derrame allí abundantes lágrimas, uniendo sus mejillas con las del mísero encarcelado, que en seguida le diga palabras de consuelo, que al poco dé por su libertad cuanto tiene, que vaya despues de calabozo en calabozo haciendo en todos lo mismo, hasta no dejar á ningun afligido sin consuelo? Cuando vemos que una persona de distincion entra en un hospital á visitar á los enfermos, nos llenamos de un santo estupor al contemplar que el lujo nõ se desdeña de juntarse con los harapos, y que la mano de alabastro derrame el bálsamo sobre heridas hediondas; este hecho nos admira, áun dado caso que tengamos presentes los saludables documentos que sobre la limosna y la caridad nos da el Espíritu divino. ¿Cuánto más notables serán aquellos actos que llevan impreso el carácter del heroismo en

su último grado? ¿Qué sorpresa no causará al considerar que el mismo hombre que ha llegado á penetrar en los cóncavos senos de la barbarie, despues de haber libertado á muchos con sus sudores, no teniendo nada que ofrecer á un tirano por la libertad de su hermano, toma las cadenas con que éste está aprisionado, y queda él cargado con ellas, entrando en su condicion, soportando sus consecuencias y heredando su patrimonio, que consiste en habitar una cárcel, en comer negro y escaso pan, y beber el agua de las lágrimas, sin más condimento que el azote, la disciplina y los insultos?

Hé aquí, señores, lo que hay de sensible y palpable en la empresa de la redencion de cautivos; por rudo y bárbaro que sea un hombre, necesariamente se ha de parar, si casualmente pasa por el escenario del canje en que dos hombres se hacen mútua donacion, de libertad uno, de cadenas otro; de ventura y de gozo por parte del que redime, de desgracias y de lágrimas por la del redimido; porque en la sociedad humana son estas acciones como esos fenómenos celestiales que, apareciendo rara vez, llaman necesariamente la atencion universal, y tanto los ve el sábio astrónomo que comprende su origen, como el incivilizado zagal que tan sólo mira en ellos una materia luminosa, presagio de males inminentes, segun las creencias del vulgo sin ilustracion.

Mas debajo de esas apariencias, ¿no hay algo de grande y de sublime que excite la curiosidad humana y llame la atencion del hombre más distraido? Esas cadenas quitadas de unas manos encallecidas en la labor, para rodear con ellas unos brazos que no han sabido manejar más que la pluma ó el báculo pastoral, ¿no tienen un lenguaje mudo, pero expresivo? ¡Qué! Cuando el venerable Pontífice San Leon sale de Roma al encuentro de un Rey temible por sus victorias y por su barbarie, presentándole su frente encanecida, su rostro arrugado, su cuerpo encor-

vado, para que lo sacrifique con tal que salve á su pueblo; cuando el sabio obispo de Nola emplea cuantas riquezas posee en redimir cautivos, teniendo que mendigar en seguida un pedazo de pan; cuando, no teniendo ya un óbolo con que continuar la redencion, se ofrece á las cadenas para que vuelva al hogar doméstico el hijo único de una viuda; cuando aquellas manos, que habian escrito tan elocuentes tratados, manejan la esteva, al paso que pende á su cuello la cadena del cautiverio, ¿no se descubre al través de la accion material algo que nada tiene de comun con la materia, algo que tiene su origen en el cielo, algo que con mágica é irresistible fuerza persuade y convence? Sin esta circunstancia, no podríamos comprender cómo el orgulloso y altivo Atila desciende de su arrogante corcel y se postra ante San Leon, mandando á sus huestes que vuelvan á retaguardia y respeten á la Ciudad Eterna; sin esta virtud sobrenatural que se trasparenta en las acciones heroicas del cristiano, no sabríamos adivinar el por qué de los acontecimientos que han tenido lugar en las costas africanas, en que el cristiano cautivo se ha convertido en dueño y señor del que lo habia hasta entónces tiranizado. Si Paulino es despedido con honor de las playas infieles para que vuelva á su patria con todos los cautivos; si Vicente de Paul, en los últimos siglos, regresa á sus hogares despues de haber regado con su sudor las tierras de la barbarie, llevando consigo á su mismo dueño convertido, es porque con sus acciones han predicado el lenguaje elocuente de la caridad.

He presentado aquí unos cuantos hechos aislados; si buscamos la causa eficiente que los produce, es necesario remontarse hasta Aquel que dijo: «Amaos recíprocamente como yo os he amado.» El amor más heroico es aquel que nos lleva al extremo de dar la vida por los amigos. «El mundo conocerá que sois mis discípulos si os tuviereis recíproco amor.» Si pretendemos examinar sus

tendencias y su fin, es preciso leer toda la historia de las grandezas humanas, pues ni una sola hay que no sea la hija legítima de este lenguaje práctico de la caridad. La ciencia humana con todos sus recursos y medios no pudiera alcanzar lo que han conseguido los hombres que han adoptado aquella persuasion divina de la caridad. Un solo hecho nos lo demuestra.

Mirad á ese hombre desconocido que entra en la gran ciudad de Augusto; no dará un pasosin encontrar objetos los más á propósito para cautivar al recién llegado; aquí templos de alabastro en que el relieve descubre lo sublime del ingenio del hombre; allí estatuas de mármol; allí palacios soberbios; en una parte encuentra senadores que arrastran carrozas de oro; en otra nobles damas romanas que deslumbran con diamantes y perlas. ¿Sabeis quién es el nuevo morador de Roma? Pedro, el pescador de Galilea. ¡Ay, y cómo encuentra á esta eminente ciudad! Ni los Emperadores con sus fuertes legiones han podido establecer el orden social; ni los Senados fueron capaces de desterrar la arbitrariedad; ni los jurisconsultos y filósofos han sabido establecer los derechos del hombre; en medio de la majestad, está la vileza; al lado de las más sábias leyes, la más horrible barbarie; para el pueblo que se contenta con un negro pedazo de pan y el juego de los gladiadores, no hay lenguaje de conviccion, ni filosofía que ilustre, ni cetro que lo sujete. Pero esperad un momento; el discípulo de la caridad no viene á la ciudad, reina del mundo, ni á recibir favores de sus Emperadores y grandes, ni á doblar su cerviz á los filósofos altaneros, ni á dar incienso adulador á las altas matronas, ni á contemporizar con un pueblo vicioso y libertino, al paso que envilecido. Viene á anunciar la gloria de Dios ultrajada, los derechos del hombre perdidos, la barbarie de unos contraria á la caridad, el envilecimiento de otros opuesto á la nobleza natural del hombre; viene á anun-

ciar la verdadera civilizacion con las creencias de Jesucristo; viene á prometer dicha y felicidad en otro órden de cosas; y para que se dé asenso á cuanto dice, no quiere otro testimonio que el de su vida, que está dispuesto á dar. Hé aquí el apostolado y el martirio; observad sus resultados: Pedro enseña á los Césares la Cruz, y bajan de los tronos en que toda la ley era la arbitrariedad; la enseña á los filósofos, y éstos enmudecen; la enseña á los prefectos y patricios, y se visten de saco; la muestra al pueblo, y se hace sumiso á la autoridad, dócil á la ley y morigerado en sus costumbres: en confirmacion de su lenguaje, derrama su sangre; y más fecunda que las aguas de primavera, hace que broten del suelo ensangrentado miles de héroes, de sabios, de Santos, que al fin vencen la barbarie y la idolatría, y plantean la civilizacion.

¡Ah! ¡cuánto ha podido la Cruz! Pero pensemos, señores, que la Cruz no es otra cosa que el foco del amor cristiano con todas las demás virtudes: así como del centro de un círculo salen con igualdad todos los rayos, así de la Cruz emanan todas las virtudes. ¿Qué dice al mundo la Cruz? ¿Qué expresan esos dos pedazos de madera unidos? Son el testimonio perenne de lo que éramos, de lo que somos, de lo que podemos ser: son el movimiento eterno de lo que fué, de lo que es, de lo que será Dios para con nosotros; vemos en ella nuestro antiguo envilecimiento, nuestra actual dignidad y civilizacion, nuestra dicha y gloria futuras; vemos en ella que Dios estuvo un tiempo irritado con el hombre, que por medio de ella se canceló la deuda del mundo con Dios, siendo actualmente Dios de amor el que no fuera un día sino Dios de venganza; vemos que Dios mudó el estado de la sociedad, el del individuo, por medio de la Cruz, dando á aquélla nueva sancion y á éste nueva nobleza; enseñad, pues, este instrumento del bien del mundo, y cuantos lo vean ten-

drán que decir con el discípulo amado: «Si Dios dió su vida por los hombres, nosotros tambien debemos estar dispuestos á morir por Dios y por nuestros hermanos.» Este es el lenguaje del Apóstol y el del mártir: cuando aparecieron en el mundo los oradores y atletas que propalaron esta doctrina, el mundo tenía cadenas, y las rompió; la humanidad estaba envilecida, y se ennoblecó; las ciencias estaban manchadas, y se purificaron; los sabios se creían dioses, y vieron que eran nada; los grandes señores pensaron que eran inmortales en sus glorias mundanas, y supieron que no eran sino polvo animado momentáneamente, y, en fin, los desgraciados hijos de la mala fortuna estaban en la persuasion de que eran indignos de ser contados por hombres, y aprendieron con sorpresa que eran hijos de Dios. Y donde quiera que se vea este emblema de tanta grandeza; donde quiera que se hable este lenguaje, se han de ver los mismos resultados.

Hemos llegado á un terreno irradiante de luces celestiales: examinemos los eventos, y sabremos apreciar dignamente los beneficios de la Religion. En su historia y en la de un gran pueblo se encuentra consignado un hecho, y es el siguiente: de resultas de una vision nocturna se reunieron tres hombres eminentes, y determinaron fundar un Órden religioso, cuyo fin fuese, no sólo la práctica de los consejos evangélicos por medio de tres votos solemnes, sino tambien el emplearse en la redencion de los míseros cautivos que gemian bajo el yugo del implacable moro, obligándose, no sólo á atravesar reinos y provincias pidiendo de puerta en puerta para la obra de la redencion, no sólo á surcar mares procelosos, no sólo á descender á riberas sanguinarias y dar el rescate por el desgraciado cautivo, sino á quedarse en su lugar, áun dado caso que supiese que habia de ser condenado á los más atroces tormentos.

Este sublime pensamiento de la caridad cristiana se encuentra en las páginas del Evangelio; se había puesto en práctica por muchos hombres heroicos; mas no obligaba á nadie su realizacion; la caridad en grado sumo es un precepto que se extiende á todo hombre; la medida del amor hácia nuestros hermanos la llevamos en el amor que nos tenemos á nosotros mismos; pero el amor en grado tan heroico como el que inspira la redencion, no obliga á nadie: es un consejo de Jesucristo, al cual nos anima con su ejemplo. El practicarlo, el hacerse un precepto, un voto, el basar sobre este consejo erigido en precepto una gran asociacion, ¿de qué peso tan inmenso no debia servir para nivelar la sociedad desgraciada? ¿Cuánto no debia influir en los futuros destinos de los pueblos en cuyo seno se realizaba? Jacobo, rey de Aragon, Pedro Nolasco, Raimundo de Peñafort, eran los hombres sábios é ilustres que fundaban esta gran obra; la Reina del cielo era la que se la inspirára en una vision con que favoreció á cada uno de estos varones; la época de este acontecimiento era el siglo XIII.

Estos nombres nos recuerdan la época del combate sangriento entre la Religion y el fanatismo, entre la barbarie y la civilizacion, entre el Oriente y el Occidente. El mundo está dividido en dos bandos: cada cuál tiene su enseña; aquí tremola la Cruz, allí la Media Luna; victoriosa en Africa, dueña del Asia y dominante en una parte de la Iberia, la negra bandera del islamita hace los más terribles esfuerzos para señorear al mundo; al mismo tiempo el blanco lábaro se pasea en el centro de la Europa, y excita de tal modo el espíritu de los defensores de la Cruz, que todos, sin distincion de rango, de nacimiento, de condicion ó de dignidad, corren á las naves, atraviesan mares, llegan á costas enemigas, asaltan á los bastiones musulmanes, llenando de consternacion al Oriente, y consiguiendo librar el sepulcro de Jesus de las profa-

naciones de los agarenos. Hé aquí las cruzadas; hé aquí el espíritu de aquel siglo.

Si preguntase yo si había algo de bueno en las guerras que el turco promovió contra la Cruz, sería un sacrilego. ¡Ah! Mirando estas guerras bajo un punto de vista puramente social, no pueden ser miradas sino con horror; el hundimiento de la civilizacion en el Asia fué la consecuencia del levantamiento de la Egira; desde entónces se sentó en el antiguo trono de Constantino el más arbitrario despotismo; el pueblo perdió todos los derechos que el Cristianismo le legára, y que conservó miéntras duraron en aquellas regiones las creencias verdaderas; y este mismo pueblo, fanatizado con las visiones de un hombre plebeyo, es el que ha conquistado el Asia, dominado el Africa, el que amenaza á Europa, el que insulta á la Cruz, jurando su exterminio. Derrotado en mil encuentros, se vió por fin precisado á replegarse á su propio suelo, en que tuvo que medir sus fuerzas con las de los denodados cruzados. En el seno de aquel pueblo sanguinario no hay accion que no sea un crimen; despechado de no vencer al cristiano, ni en el campo ni en la mar, quiere apoderarse de él con astucia y maña infernales. Y ¡qué compasion! ¡Qué cuadro tan triste! Los mares se ven cubiertos de esquifes y de botes que la morisma envia á costas cristianas, con el único fin de arrancar al cristiano de su suelo. Aquí una vírgen se halla solazándose honestamente en la ribera del mar, y repentinamente es arrebatada por aquellos lobos marinos; allí el humilde zagal; en otra parte el venerable anciano, el sacerdote fervoroso, la madre cariñosa, ven caer súbitamente sobre sí á la infanda chusma, que ha llegado á la costa en leños invisibles, y en un instante su boca ha sido cerrada con mordaza, sus piés y manos han sido encadenados, y, cual saco de mercancías, han sido arrojados en la bodega de un buque, para ser trasladados al mercado de Argel. Esto